



---

## Día 05 - Siempre estamos a tiempo para dejarnos cambiar

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [G Drive](#) ]

Los Ejercicios son una llamada que nos está haciendo el Señor, como hizo con los apóstoles: «*Llamó a los que Él quiso para que estuvieran con Él*» (Mc 3,10). El Señor va a pasar por nuestra vida en estos días: «*Donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí en medio de ellos estoy Yo*» (Mt 18,20). Son momentos especiales de encuentro con Dios y de acción del Espíritu Santo, por lo que debemos tomarlo muy en serio desde el principio, ya que en el encuentro con Dios la iniciativa siempre es de Él, porque «*Él nos amó primero*» (1Jn 4,10).

Son momentos para estar y escuchar al Señor: «*Habla, Señor, que tu siervo escucha*» (1Sam 3,10), y no de los que dice San Juan de la Cruz «*muchos de estos querrían que quisiese Dios lo que ellos quieren y se entristecen de querer lo que quiere Dios, con repugnancia de acomodar su voluntad a la de Dios*» (Noche Oscura. Libro I cap. 6,3).

Lo mismo que San Ignacio en el Principio y Fundamento. (E.E. nº 23) dice: «*El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma, y las otras cosas de la faz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden a conseguir este fin para el que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe privarse de ellas cuanto para ello le impiden... solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce al fin para el que hemos sido creados*».

La gratuidad con la que Dios da sus dones la expresa Santa Teresa con una afirmación muy rotunda, y destacando también que Dios dispone de los bienes suyos y que no hace agravio a nadie haciendo lo que puede y quiere hacer:

«Da el Señor cuando quiere y como quiere y a quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio a nadie» (Moradas 4, 1, 2).

San Ignacio lo expresa con el tanto...cuanto, y Santa Teresa lo afirma también diciendo que el alma venturosa, que ha alcanzado la unión con Dios, se sitúa más allá de las preocupaciones que los demás tienen:

...el alma venturosa... «vivirá esta vida con descanso y en la otra también: porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra le afligirá [...], ni enfermedad, ni pobreza, ni muertes [...], que ve bien esta alma que Él sabe mejor lo que hace que ella lo que desea» (Moradas 5, 3, 3).

El Espíritu Santo tiene como misión principal preparar a los hombres y atraerlos hacia Dios, y nunca se cansa de santificar, de empujarnos a la conversión. Necesitamos que venga sobre nosotros en estos ejercicios, y transforme nuestras almas y el mundo en el que vivimos: «*Envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra*» (Sal 104,30). Si es capaz de renovar la faz de la tierra, cuánto más nuestro



---

pobre corazón, por muy endurecido que pueda estar, por muchos años que podamos tener. Y disponerse a recibir al Espíritu Santo, es sin duda porque queremos cambiar: «*Otro corazón, un espíritu nuevo*» (Ez 11,19). Incluso habiendo perdido el tiempo, como la Santa.

«¡Señor!, confieso vuestro gran poder. Si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Querred Vos, Señor mío, querred, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis... Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si queréis podéis» (Exclamaciones del alma a Dios 4,2).

El secreto para recibir al Espíritu Santo, la gracia que Dios nos tiene reservada en ejercicios, está, en las disposiciones que hemos visto, en prepararnos, y también pedirlo: «*Si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!*» (Lc 11,13). En unión con la Virgen, como lo hicieron los Apóstoles en el Cenáculo, pidamos al Señor que nos envíe su Espíritu, y con sus siete dones, nos transforme como transformó a los Apóstoles. Pidámosle al Señor que transforme nuestro corazón de piedra en corazón de carne. Queremos dar frutos para que Él sea glorificado. Pero ¡con qué facilidad nos cansamos! ¡Qué pronto nos desanimamos! La Santa nos previene de las dificultades.

«Porque si persevera, no se niega Dios a nadie. Poco a poco va habilitando él el ánimo para que salga con esta victoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios para que no comiencen este camino» (Vida 11,4).

Los ejercicios deben ser siempre una oportunidad para abrir el corazón a esos buenos deseos, propósitos con los que queremos ser mejores, aunque a veces no lo consigamos. Pero, si no es por culpa nuestra, de deseárselo muchas veces, el Espíritu Santo producirá en nosotros ese cambio total que deseamos con todas nuestras fuerzas. Debemos empezar con ánimo, deseándolo de verdad como dice la Santa.

«Conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor, que si ellos nunca se determinaran a deseárselo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere Su Majestad y es amigo de ánimas animosas... Y no he visto a ninguna de éstas que quede baja en este camino, ni ninguna alma cobarde, con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas, aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega a mucho» (Vida 13,2-2).

†

***Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!***